

# BEATO DE LIÉBANA: UN TESTIGO DE SU TIEMPO (S. VIII)

Dra. D<sup>a</sup>. Elisa Ruiz García  
Catedrática Emérita de “Paleografía y Diplomática”  
Universidad Complutense de Madrid

## 1. ESBOZO BIOGRÁFICO

Las noticias que tenemos sobre la figura de Beato son escasas. Nada sabemos de su lugar de origen y fecha de nacimiento. En algunos escritos de la época es denominado *Libanensis*, debido a ello se le ha relacionado con el cenobio de San Martín de Liébana, el cual fue puesto en el siglo XII bajo la advocación de santo Toribio, de quien se dice fue su fundador<sup>1</sup> (Fig. 1). Alcuino de York lo cita en un par de ocasiones y lo llama *abbas* y *pater*. La primera mención se encuentra en un tratado del sabio monje contra Félix de Urgel: *Quod uero quendam Beatum abbatem et discipulum eius Hitherium, episcopum, dicitis huic uestrae sectae primum contraire, laudamus*<sup>2</sup>. La segunda referencia procede de una carta del mismo autor, fechada en el año 798 y dirigida a Beato. Del texto de la epístola se deduce que el diácono anglosajón no tenía conocimiento directo de las obras de su correspondiente. Este escrito ha permanecido desconocido hasta que fue hallado por Agustín Millares Carlo, quien lo editó en 1931<sup>3</sup>.

Lo poco que sabemos acerca del Lebaniego se debe a su intervención en la controversia adopcionista. Su pronunciamiento en contra de esta corriente originó una carta airada del arzobispo toledano Elipando, escrita en el mes de octubre de 785, y de la que tuvo noticia Beato el 26 de noviembre de ese mismo año, cuando estaba presente en la profesión monástica de Adosinda,

---

<sup>1</sup> Esta dedicación llega hasta nuestros días.

<sup>2</sup> *Adversus Felicem*, lib. I, 8, *Patrologie Latine*, vol. 101, cols. 85-230.

<sup>3</sup> *Contribución al corpus de códices visigóticos*, Madrid: [Tip. de Archivos], 1931, pp. 213-222.

viuda del rey Silo. Por otra parte, la mención epistolar de Alcuino, citada anteriormente y fechada en el año 798, hace suponer que el Lebaniego aún vivía en la frontera mítica del siglo VIII.



Fig. 1.-Ermita de la Cueva Santa.  
Eremitorio primitivo de Liébana.

Estas magras noticias nos confirman dos hechos ciertos: Beato estuvo dotado de un temperamento polemista y fue un autor<sup>4</sup> destacado a juzgar por su conexión con altas jerarquías eclesiásticas y civiles. Los pocos datos de que disponemos hacen suponer que llegase a ser un personaje influyente en los medios en que se desenvolvía. Tales circunstancias permitirían insertarlo en un entramado cultural elitista del que formaban parte la monarquía y la Iglesia en la segunda mitad del siglo VIII.

A este escritor se atribuyen tres obras, que son las siguientes en orden cronológico:

El *Commentarius in Apocalypsin*: una recopilación de textos de diversos autores dedicados a interpretar el auténtico significado del último libro bíblico. Obra escrita en torno al año 784 / 785<sup>5</sup>.

El *Apologeticum* o *Adversus Elipandum libri duo*: un tratado que transmite su acre disputa con Elipando, arzobispo de Toledo. Se trata de una controversia teológica centrada en torno a la naturaleza de Cristo. El prelado defendía la doctrina adopcionista, en cambio, el Lebaniego era partidario de la llamada Gran Tradición. La obra, que está mutilada al final, fue escrita *post* 785<sup>6</sup>.

El himno *O Dei verbum patris ore*: dedicado al apóstol Santiago y compuesto en honor de Mauregato (783-788), sucesor del rey Silo.

Sin género de dudas, la más conocida es la primera obra, ahora bien su autoría no está confirmada documentalmente. La segunda es un tratado apologeticó anclado en los problemas que dividían a la Iglesia hispana en esas décadas, elaborado por Beato con la ayuda de Eterio. En cuanto a la tercera, es una composición en cuyo bárbaro acróstico se lee un elogio de Mauregato. Algunos especialistas –Claudio Sánchez Albornoz y fray Justo Pérez de Urbel– han adjudicado la paternidad a nuestro autor, otros han negado esta hipótesis. Entre ellos se encuentra Manuel C. Díaz y Díaz, parecer al que nos sumamos.

---

<sup>4</sup> Las fuentes no indican que fuese monje.

<sup>5</sup> *Sancti Beati a Liebana Commentarius in Apocalypsin*, ed. Eugenio Romero-Pose, Romae: Typis Officinae Polygraphicae, 1985, 2 vols.

<sup>6</sup> *Beati Liebanensis et Eterii Oxomensis adversus Elipandum libri duo*, ed. Bengt Löfstedt, Turnhout: Brepols, 1984. *Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis*, LIX.

A continuación, vamos a reconstruir en pocas palabras algunos rasgos que caracterizan el tejido cultural de la época ya que los datos biográficos de Beato son escasos y su autoría discutida.

## 2. LOS BIENES SAGRADOS

En el Occidente cristiano, las reliquias, los libros de aparato y los objetos litúrgicos constituían partes integrantes del ajuar de numerosos monasterios e iglesias. Ese conjunto heterogéneo era llamado genéricamente “tesoro”. Sin duda alguna, las reliquias desempeñaban una función determinante por cuanto eran *per se* testimonios que materializaban el legado espiritual de los santos, al tiempo que activaban el mecanismo de la conmemoración en torno a unos seres venerados por su comportamiento ejemplar. Tras estos restos sagrados, ocupaban un segundo puesto los libros, complementos indispensables en sus dos funciones básicas: estar al servicio del altar y ser el alimento espiritual de las personas consagradas a Dios. Por último, hay que mencionar el conjunto de objetos de varia naturaleza requeridos para la celebración del culto divino.

Se conservan numerosos documentos que registran donaciones consistentes en la entrega de bienes preciosos destinados a engrosar el tesoro de la iglesia escogida como destinataria de semejante liberalidad. Las ofrendas de laicos poderosos fueron abundantes ya que consideraban estas muestras de munificencia un medio idóneo para alcanzar la protección divina y la dispensación de gracias espirituales. Tales prácticas también perseguían el establecimiento de relaciones privilegiadas por parte de los interesados con los máximos representantes del clero. A este respecto, resulta particularmente interesante la *oblatio* hecha por doña Urraca al monasterio de San Pedro de Eslonza:

[...] *Offero quoque unum uelum ante altare ponendum auro et argento mirifice textum. Adicio alterum uelum ante altare appendendum; kandelabrum quoque cum septem lucernis argenteum ante altare illuminandum; et capsulam argenteam plenam sanctorum reliquis. Offero etiam libros XI, quorum nomina hec sunt: Bibliotheca, Moralia Iob, Vitas Patrum, Passionum, Dialogorum, Sententiarum, genera Officiorum, librum Ethimologiarum, libellum De uirginitate sancte Marie, Apochalipsin, librum Iher[em]ie. Accipe, Christe, hec munera a me oblata [...]*<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Carta de donación otorgada por doña Urraca al monasterio de San Pedro de Eslonza (a. 1099), Madrid, *Archivo Histórico Nacional*, Sección Clero, carpeta 960, núm. 18.

Como se puede observar, la reina, además de ornamentos, proporcionó una arqueta de plata llena de reliquias de santos y una selecta colección de libros.

Entre estos últimos se encontraba un ejemplar del *Apocalypsis*, probablemente una de las múltiples versiones transmisoras del *Comentario* de Beato de Liébana. Este testimonio mostraría la importancia concedida a la obra y su vinculación a la realeza. Baste con recordar el ejemplar donado por los reyes don Fernando y doña Sancha a San Isidoro de León en el año de 1047. En definitiva, las tres clases de objetos esenciales mencionados constituían las piedras angulares en que se fundamentaban las instituciones eclesiásticas influyentes. Tales medios eran las claves de la memoria espiritual de los individuos afectos a la sede titular del patrimonio en cuestión<sup>8</sup>. Ciertamente, el proceso de constitución de un tesoro se revelaba como un procedimiento eficaz para preservar el recuerdo de los hechos que se querían rescatar del olvido, pero también permitía aspirar a otros fines.

### 3. TIPOLOGÍA LIBRARIA

La lingüista Julia Kristeva en el ya lejano año de 1968 afirmaba que: “La Edad Media es la época semiótica por excelencia. En ella todo elemento significaba algo en relación a otra cosa bajo el dominio unificador del ‘significado transcendental’, es decir, Dios”<sup>9</sup>. La asunción de este punto de vista nos lleva a plantearnos la necesidad de recuperar, al menos parcialmente, los mensajes transmitidos por esa vía alternativa que se ofrece hoy para nosotros como un procedimiento comunicativo mudo y opaco en muchas ocasiones.

En la actualidad, la atención de diversos especialistas se ha centrado en torno al estudio de las estrategias simbólicas. Esta línea de investigación ha puesto en circulación la voz *representación* como concepto medular. La acepción básica de este término es la de “una figura, imagen o idea que sustituye a la realidad”. Tal definición permite deducir que los símbolos son una de las formas habituales de representación en las sociedades tradicionales. El recurso tiene como principal virtud operativa transformar las ideas en imágenes, cambio que favorece las posibilidades comunicativas de un men-

---

<sup>8</sup> Por supuesto, también se cultivaban las pruebas que testimoniaban la propiedad de bienes muebles e inmuebles. Los canales utilizados a tal efecto eran los cartularios, obituarios, títulos de propiedad y demás escritos que certificaban los derechos sobre los mismos.

<sup>9</sup> “La productivité dite texte”, *Communications*, 11 (1968), p. 82.

saje dado. En consecuencia, es un eficaz medio de expresión en el terreno de los niveles conceptuales, pues se basa en la utilización de lo visible para figurar lo inteligible. Por descontado, un símbolo está vivo cuando su visión produce un efecto de traducción inconsciente<sup>10</sup>. La admisión de este principio presupone que el sistema simbólico de una sociedad sólo resulta comprensible en el contexto de la tradición cultural en la que dicho sistema se ha creado y difundido. Sin duda alguna, el paso del tiempo puede distorsionar o incluso imposibilitar el proceso de interpretación de las formas y de las funciones simbólicas y, por ello, antes de plantearnos el análisis del *Comentario al Apocalipsis* de Beato de Liébana, será preciso dilucidar qué función desempeñaba el código y cómo era enjuiciado según el contenido y la forma de presentación en la época de su elaboración.

El libro es un medio de comunicación que ha sido utilizado en el transcurso del tiempo con fines muy diversos. Resulta indispensable, pues, tener presente la valoración conferida a este producto manufacturado durante la Edad Media en los centros eclesiásticos para situar nuestra pieza en su contexto cultural. Por aquel entonces primaba una concepción integral del pensamiento que dificultaba las especializaciones discursivas tal como las entendemos hoy en día. Ciertamente, no se consideraba que la delimitación de los saberes fuese una vía de obligado tránsito para articular la compacta estructura de lo cognoscible. De igual modo, la frontera entre lo concreto y lo abstracto era poco nítida. Ambos rasgos suponen un fuerte contraste respecto de nuestros criterios actuales: el hecho de que estos principios careciesen de pertinencia nos permite comprender por qué razón los ejemplares eran divididos temáticamente en dos categorías, esto es, en libros “litúrgicos” y en libros “espirituales”. Los primeros estaban destinados al servicio del altar. La forma de rendir culto a la divinidad se caracterizaba por la práctica de unos ritos en cuya celebración se requería el uso de manuscritos diversos. La serie completa de los libros destinados a tal menester rondaba la docena. Dentro de este grupo eran tenidos como indispensables el *Salterio*, el *Liber Ordinum*, el *Antifonario*, el *Cómico* y el *Manuale*, según se desprende de los datos estadísticos establecidos a través de los testimonios documentales conservados. Se trataba, pues, de libros que desempeñaban una función utilitaria: eran los canales que permitían establecer una comunicación de los fieles con Dios. La forma de uso y su carácter instrumental imposibilitaban considerarlos como piezas de la librería. Incluso tipológicamente eran distintos de

---

<sup>10</sup> Por ejemplo, la contemplación de la imagen de una hoz y un martillo evoca en nosotros de manera refleja la noción de una ideología política concreta.

los otros ejemplares destinados a la formación y edificación de los miembros de la comunidad.

Frente a ese grupo privilegiado se alzaba el resto de la producción bibliográfica, etiquetada genéricamente con el calificativo de “espiritual”<sup>11</sup>. Estos volúmenes eran los que circulaban entre los monjes letrados en virtud del cumplimiento de las reglas benedictinas. Dentro del sector se incluían también los ejemplares, a veces llamados “divinos”, que eran transmisores de la Revelación, es decir, las Sagradas Escrituras. Este conjunto canónico era denominado por doquier *Bibliotheca* o, lo que es lo mismo, colección de libros por antonomasia. Como es sabido, la serie se cerraba precisamente con la obra titulada *Apocalipsis*. Dicha obra será el texto base en que se apoyará Beato de Liébana para la composición de su *Comentario*.

La naturaleza de la función desempeñada por el libro litúrgico determinó que éste se sacralizase. Los productos manufacturados de esa categoría fueron interpretados como auténticos objetos sagrados y, por ello, dignos de veneración. La alta estima profesada a tales piezas bibliográficas se aplicó por extensión a aquellas otras que, no estando destinadas al servicio del altar, descollaban por la importancia del mensaje transmitido. A ello contribuyó también la propia tradición bíblica, exaltadora de este medio de comunicación, dada la importancia concedida a la letra escrita en el mundo judío. Semejante actitud favoreció el desarrollo de un lenguaje simbólico muy articulado en torno a la manera de describir o representar un libro. La mera presencia de un ejemplar encarnaba la idea de saber y de autoridad. Tal valor quedaba expresado en las múltiples versiones del Pantocrátor o del personaje mayestático que aparece ostentando en sus manos un ejemplar. El corolario natural de esa imagen fue la creencia de que la instancia sobrenatural se valiese de semejante objeto cuando quería manifestar su voluntad a un mortal. Por consiguiente, la transmisión del mensaje inspirado por la divinidad se significó convencionalmente mediante la entrega de un libro. En la acuñación plástica de tal forma de representación confluyeron dos tradiciones culturales hegemónicas: la cristiana y la pagana. En esta última la capacidad de creación se solía personificar bajo la veste de una figura femenina<sup>12</sup>.

---

<sup>11</sup> Por lo general, en la Península Ibérica se abarcaba con este nombre tanto los libros de cultura eclesial como las obras de gramática, enciclopedias, glosarios y autores paganos, mientras que en otros ámbitos europeos estos últimos eran llamados *libri artium*.

<sup>12</sup> En función del género cultivado podía tratarse de *Héuresis*, personificación de la Invención, o bien de una de las deidades protectoras de las bellas letras. Este asunto derivó hacia el manoseado *tópos* de la musa inspiradora del artista.

Cuando dicha imagen fue recuperada por la Iglesia, se transformó en un ángel transmisor de los designios divinos. Dado que el autor del *Apocalipsis* fue el destinatario de un mensaje de tal naturaleza, el motivo en cuestión adquirió un especial significado dentro del programa iconográfico del *Comentario*. Todo el proceso queda cabalmente reflejado en una miniatura a plena página procedente del “Beato” de Silos<sup>13</sup>: en la parte superior de la misma aparece representado en el interior de una mandorla Cristo en majestad depositando en manos de un ángel un libro en formato de códice; en el registro inferior el mensajero cumple su cometido y se lo entrega a Juan. La ilustración de este pasaje queda reducida pictóricamente en el “Beato” de la Real Academia de la Historia<sup>14</sup>. En efecto, se omite la anécdota de la primera parte de la miniatura anterior, y únicamente se expresa con enorme eficacia visual la veloz llegada del ángel procedente del Altísimo (Fig. 2).

#### 4. LA MEMORIZACIÓN: UN MÉTODO DE TRABAJO INTELECTUAL

El significado de los recursos icónicos no era más que una faceta de una cosmovisión dominada por el simbolismo. Pero hay otros aspectos, que no se pueden obviar, relacionados con la valoración y el modo de aprehender el contenido de aquellos manuscritos cuyo mensaje se consideraba de capital importancia. Estas cuestiones hay que tenerlas en cuenta para enjuiciar correctamente el papel cultural desempeñado por un ejemplar concreto y para comprender las razones de muchas particularidades codicológicas.

Una premisa básica es conocer las vías de acceso aplicadas para alcanzar el dominio de un área de conocimiento o, lo que es lo mismo, la modalidad de *paideia* practicada en la época. Cuando se trataba de textos considerados valiosos, el uso más extendido era el aprendizaje de memoria de los mismos<sup>15</sup>. Tales hábitos están testimoniados desde el mundo clásico y siguen vigentes hasta los albores de la Modernidad. Para conseguir ese objetivo era preciso desarrollar unas tácticas mnemotécnicas que facilitasen el proceso de fijación en la memoria del material propuesto, pues se pensaba

---

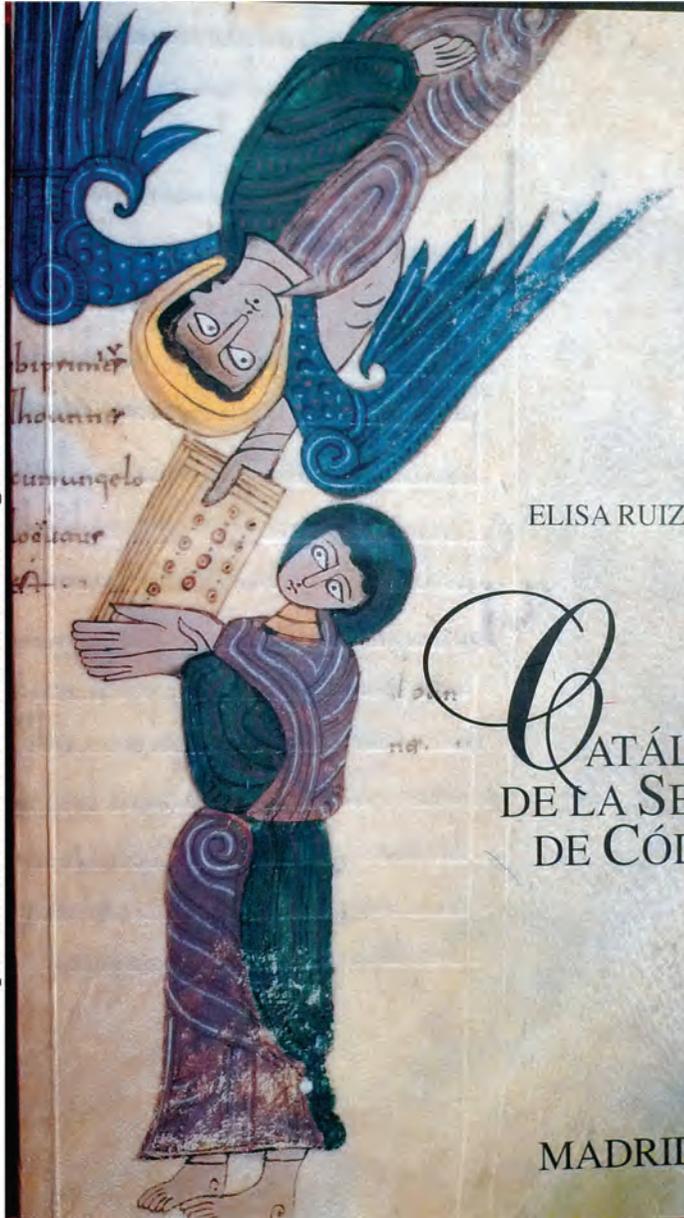
<sup>13</sup> Londres, *British Library*, Add. ms. 11695, f. 18v.

<sup>14</sup> Cód. 33, f. 15r.

<sup>15</sup> Sobre esta cuestión véase el interesante trabajo de Mary Carruthers, *The Book of Memory. A Study of Memory in Medieval Culture*, Cambridge: Cambridge University Press, 1998.

Fig. 2.-*Commentarius in Apocalypsin* (s. XI). Monasterio de San Millán de la Cogolla.

Madrid, Real Academia de la Historia, cód. 33, f. 15r.  
“Lo que Dios encargó mostrar a sus siervos sobre lo que tiene  
que suceder en breve enviando su ángel a su siervo Juan”.



que el auténtico saber era aquel que estaba inscrito en la mente del individuo. Ahí radicaba la principal diferencia con nuestros hábitos actuales. Esta concepción interiorizada de los conocimientos originó unas pautas pedagógicas que condicionaron el modelo de información practicado. El usuario veía el libro no como un instrumento de obligada consulta, sino como uno de los medios posibles para poner en funcionamiento el mecanismo de almacenamiento de datos en la memoria. Parafraseando una afirmación famosa en aquellos tiempos, podríamos decir que: “La escritura era sierva de la memoria”<sup>16</sup>. Esta condición subalterna del hecho gráfico queda manifiesta en una Introducción compuesta por Hugo de San Víctor a una obra suya de tema histórico, en la que explica a sus discípulos la técnica que han de seguir para aprender las arduas listas que constituyen el cuerpo de su tratado. El texto comienza así: “Hijo mío, el saber es un tesoro y tu corazón, su receptáculo”<sup>17</sup>. Este tópico nos remite de nuevo al concepto de “tesoro”: los conocimientos son como los objetos preciosos, por ende, han de ser custodiados en un lugar privilegiado y seguro. Ese lugar no era otro que el corazón, órgano en el que tradicionalmente se asentaba la facultad de la memoria. Esta potencia anímica es susceptible de ampliar su capacidad de almacenamiento de datos si se aplican unos métodos adecuados que faciliten el proceso de aprendizaje. El autor en breves páginas proporcionará aquellos consejos indispensables para la adquisición de la sabiduría. A través de sus palabras resulta evidente que los pasos a seguir son:

- a) La *diuisio* o fragmentación de la materia, objeto de estudio, en breves unidades.
- b) La *locatio* o colocación de dichas unidades en un lugar imaginario preciso, de forma que en todo momento puedan ser recuperadas.
- c) La *collatio* o reagrupación de esas parcelas de información de manera adecuada cuando sea precisa su utilización.

El objetivo principal era que el individuo tuviese a su disposición todos los elementos así captados en virtud de su retentiva, sin necesidad de acudir a otros recursos exteriores a su mente. Este método no implicaba una recu-

---

<sup>16</sup> *Philosophia ancilla theologiae est.*

<sup>17</sup> *Fili, sapientia thesaurus est et cor tuus archa.* Entre las obras inéditas de Hugo de San Víctor se encuentra su *Chronica*. La obra iba precedida de una breve exposición sobre el aprendizaje mnemotécnico. Esta parte, que en algunos manuscritos ostenta el título *De tribus maximis circumstantiis gestorum*, fue editada por William M. Green (*Speculum*, 18 (1943), pp. 484-93). Nuestras citas proceden de esa fuente.

peración mecánica de los conocimientos exclusivamente, pues se distinguía entre la *memoria ad res* y la *memoria ad uerbum*. La primera suponía guardar la información prestando atención a su significado (*sententialiter retinere*); la segunda respetar su forma literal (*uerbaliter recitare*). Según las circunstancias se trabajaba bajo uno u otro registro. Las fuentes empleadas para la obtención de datos podían ser diversas: auditivas, visuales, táctiles, olfativas, etc. Los textos recitados en alta voz, los sermones y las enseñanzas orales permitían poner en funcionamiento el mismo proceso que si se tratase de textos percibidos visualmente y en silencio. Cualquier percepto podía ser alojado e impreso en la conciencia y, como tal, evocado en el momento oportuno y en relación con otras unidades. Esta técnica de aprendizaje fomentaba la sinestesia y reducía el papel de la lectura como medio de apropiación del saber. Por tanto, el libro no era considerado como un objeto indispensable para la adquisición de los conocimientos, sino como una de las vías posibles para alimentar la memoria. Semejante enfoque de la cuestión relativiza la función del hecho gráfico en la sociedad medieval y desdibuja las fronteras de una oposición generalmente admitida entre los representantes de dos tipos de tradición cultural: la oral y la escrita. En una palabra, la alfabetización no arruinó el sistema educativo basado en la expansión de las capacidades mnemónicas de los individuos. La aceptación de este enfoque de la cuestión nos obliga a replantearnos el estatuto del código en el seno de la comunidad que lo elaboró, su modo de empleo, el propio concepto de texto, y los medios arbitrados para facilitar el proceso de asimilación mental del mensaje.

##### 5. MÉTODO EXPOSITIVO DE BEATO DE LIÉBANA

La técnica de trabajo intelectual de Beato responde a los esquemas compositivos altomedievales. En el Prólogo redactado por el Lebaniego a su tratado exegético queda patente la intención de aplicar la metodología de aprendizaje de su época y, en consecuencia, contribuir, gracias a su obra, al proceso de memorización de los conocimientos esenciales. La secuencia se inicia con estas palabras:

He juzgado oportuno presentar algo, de lo que fue anunciado en diversas épocas en los libros del Antiguo Testamento acerca del nacimiento de Nuestro Señor y Salvador [...], tomándolo de innumerables manuscritos [...] y expresándolo con *la concisión propia de las sentencias*. Y aunque esto sea conocido por todos los que discurren a través de la

espaciosa extensión de las Escrituras, sin embargo, yo lo he recogido en este librito, *para que se evoque su recuerdo con mayor facilidad, cuando sean leídas en una versión abreviada [...] Considera, pues, esta obra como la llave de toda la Biblioteca*<sup>18</sup>.

Como se puede apreciar, la obra es concebida como un compendio del saber exegético. Gracias a su tarea de recapitulación en ella se podrá encontrar los fundamentos doctrinales, expuestos de manera concisa para que no sea preciso realizar un esfuerzo titánico con el fin de retener una información excesiva en la mente. A tal efecto aplicará la regla de oro del aprendizaje mnemotécnico: “La memoria se complace con la brevedad en el espacio y la cortedad en el número”<sup>19</sup>, en consecuencia los textos elegidos siempre serán de una extensión limitada.

Beato, al glosar el pasaje I, 10-20 del *Apocalipsis*, conecta a la perfección con el espíritu del texto bíblico, donde el Señor ordena a Juan que escriba lo que ha visto. El autor en este punto trae a colación un versículo de Jeremías en el que el Todopoderoso manifiesta al profeta que: “Pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré” (*Jer.*, 31, 33). La mención del corazón como receptáculo de la memoria, el hecho de escribir metafóricamente en él y el mandato de interiorizar el mensaje revelado constituyen una acabada transposición del método habitual de aprendizaje. De ahí que el Lebaniego explique: “Este es el libro en el que se exhorta al apóstol a que escriba lo que ha visto, a inculcarlo en los corazones de los oyentes y a retener en su memoria lo aprendido”<sup>20</sup>.

A la hora de realizar su plan expositivo el artífice del *Comentario* siguió un esquema tradicional. La estrategia empleada consistió en dividir la obra

---

<sup>18</sup> El subrayado es nuestro: *Quaedam quae diuersis temporibus in Veteris Testamenti libris praenuntiata sunt de natiuitate Domini et Saluatoris nostri [...] ex innumerabilibus libris [...] sententiali breuitate notata, pauca proferenda putauit [...]. Quae, quamuis omnibus nota sint qui per amplitudinem scripturarum percurrunt, facilius tamen ad memoriam redeunt, dum breui sermone leguntur, [...] in hoc libello indita sunt [...]. Omnium tamen librorum thecae hunc librum credas esse clauiculam* (Praef. I, 1-7). El hecho de que parte del prólogo proceda de san Isidoro no le resta valor probatorio a nuestra afirmación sobre su técnica de trabajo: simplemente confirma que Beato asume el método tradicional basado en la memorización.

<sup>19</sup> *Memoria enim semper gaudet et breuitate in spatio et paucitate in numero* (Hugo de San Víctor, ob. cit. p. 491).

<sup>20</sup> *Hic est liber, in quo scribere apostolus quae uiderat admonetur, audientium cordibus inculcare uel in sua docetur sentire memoria* (Lib. I, 4, 8).

original del *Apocalipsis* en sesenta y ocho secciones. Cada una de ellas comprendía aproximadamente una docena de versículos y fue denominada una *historia* (*storia*). La razón del empleo de este vocablo y su significado hay que ponerlos en relación con otro aspecto propio de la mentalidad de su época: la aplicación de unas vías de interpretación de los textos revelados siguiendo unas pautas que ya se encuentran en Orígenes. El procedimiento consistía en un sistema formalizado que permitía establecer “lecturas” en diferentes registros de la Biblia. Más tarde Hugo de San Víctor también recomendará este expediente como método eficaz para captar el significado de una secuencia textual<sup>21</sup>. El método era extrapolable a otros campos del saber.

El erudito tratadista del siglo XII expone con precisión los pasos necesarios. El primero de los tres niveles considerados era llamado precisamente *historia* o “narración de los hechos sucedidos con el fin de ser expresados en su significación literal”<sup>22</sup>. Luego, él desarrollará sobre este sustrato conceptual otros dos grados de interpretación, puesto que la “historia, por ser el fundamento de toda doctrina, debe ser colocada la primera en la memoria”<sup>23</sup>. Por tal motivo es el término que encontramos en el *Comentario al Apocalipsis* como punto de partida previo. En realidad, Beato sigue un esquema tripartito de gran raigambre en la tradición exegética occidental y lo explica con gran claridad:

La Sagrada Escritura debe ser interpretada de tres maneras: primero, que se entienda históricamente; segundo, figuradamente; y tercero, místicamente. Históricamente según el sentido literal; tropológicamente según el conocimiento moral; místicamente según la inteligencia espiritual. Por tanto, conviene en el seno de la Iglesia católica comprender la fe de tal manera que debamos leer las Escrituras en su literalidad, interpretarlas moralmente y entenderlas en su significado espiritual<sup>24</sup>.

---

<sup>21</sup> Los grados coinciden en número, pero ofrecen alguna diferencia. Véase ob. cit., p. 491.

<sup>22</sup> *Historia est rerum gestarum narratio per primam litterae significationem expressa*, (*ibidem.*, p. 491).

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 491.

<sup>24</sup> *Scriptura enim Sancta tripliciter intelligenda est: primo ut historice, secundo ut tropologice, tertio ut mystice intelligatur. Historice namque iuxta litteram, tropologice iuxta moralem scientiam, mystice iuxta spiritualem intelligentiam. Ergo sic oportet in Ecclesia catholica fidem tenere, ut Scripturas historialiter debeamus legere, moraliter interpretari, et spiritualiter intelligere* (Lib. II, 3, 65-66).

El segundo nivel del plan estratégico del Lebaniego era la *explanatio* o explicación de la secuencia neotestamentaria. Veremos cómo el autor procede a una concatenación de textos patrísticos, inteligentemente coordinados en el seno de un comentario propio. Este modo de desarrollar su tarea reproduce una organización literaria en forma de “cadena áurea”, procedimiento que no es más que un fiel reflejo de la construcción mental elaborada sobre la base del material almacenado mnemóticamente. El esquema, una vez verbalizado y traducido en signos gráficos, origina una versión institucionalizada del contenido de su memoria o, lo que es lo mismo, del tesoro de su saber. Los pasajes exegéticos escogidos contienen interpretaciones que completan los otros niveles de lectura explicitados por Beato.

Además de los expedientes indicados, nos encontraremos en la mayoría de las copias conservadas de la obra con el recurso ocasional a un sistema redundante, en forma de *imagines* que traducen la *storia* en figuras. Dada la fidelidad de las escenas representadas respecto del texto base, su visualización facilitaría grandemente la tarea de retener los pormenores del pasaje ilustrado. A título de ejemplo, compárese el fragmento siguiente del *Apocalipsis* y su “traducción” icónica (Fig. 3):

Y una gran señal fue vista en el cielo: una Mujer vestida de sol y la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas [...]. Y otra señal fue vista [...]: un dragón grande, rojo, que tenía siete cabezas [...], y su cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo [...]. Y el dragón se ha apostado frente a la Mujer. [Ella] dio a luz un Hijo varón destinado a regir todas las gentes [...]. Y fue arrebatado su Hijo, llevado a Dios a su trono [...]. Y se trabó una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles iniciaron el combate contra el dragón [...]. Y fue precipitado el dragón grande [...], que se llama diablo y Satanás [...]. Y como vio el dragón que había sido precipitado a la tierra, se dio a perseguir a la Mujer [...] Y lanzó de su boca tras la Mujer agua a modo de un río<sup>25</sup>.

La *storia* bíblica ha sido reproducida en todos sus pormenores. Los distintos momentos descritos en la narración han sido resueltos mediante una aglutinación de las secuencias dentro de una estructura elaborada con una técnica monoescénica. El resultado es excelente desde un punto de vista artístico, pero también en lo que se refiere al almacenamiento de informa-

---

<sup>25</sup> *Apoc.* XII, 1-18. *Commentarius in Apocalypsin* (a. 1109). Monasterio de Santo Domingo de Silos. Londres, *British Library*, Add. Ms. 11695, ff. 147v-148r.

ción en la memoria. La rememoración de la imagen permitía reconstruir los meandros de un texto revelado y, en ocasiones, de difícil comprensión.

La forma de composición elegida y su desarrollo nos revelan una actitud mental que privilegiaba el sentido frente a la forma. La materia prima fijada sobre el soporte era una ocasión para la “ruminación”<sup>26</sup> y la meditación de potenciales lectores, con vistas a que el contenido se incorporase al receptáculo de sus mentes. Nada más lejos del autor que la preocupación por nociones tales como la originalidad, la corrección filológica y el respeto por el texto establecido. Estos principios son criterios que triunfarán más tardíamente.



Fig. 3.-*Commentarius in Apocalypsin* (a. 1109).  
Monasterio de Santo Domingo de Silos. Londres,  
British Library, Add. Ms. 11695, ff. 147v-148r.

<sup>26</sup> *Ruminatio*, tal es el término empleado en la tratadística medieval.

Por último, habría que insistir en la conveniencia de conocer esa especie de tejido o espacio imaginario que define a cada época para captar en plenitud el lenguaje de los códices altomedievales. En ellos existe una estrecha vinculación entre texto e imagen hasta el punto de que, unas veces, el escrito es la glosa de la escena figurada y, en otras, es la ilustración la que glosa el texto. En tales páginas se aprecia cómo sobre un fondo natural de oralidad y de visualización de imágenes la escritura va conquistando su propio territorio pues, como sentenció Paul Zumthor, “el texto a lo largo de su historia pasa en un momento dado por la escritura”<sup>27</sup>.

Los pasajes citados nos hablan de la importancia del simbolismo en las técnicas expositivas, en las representaciones ilustradas y en las interpretaciones del contenido. Ciertamente, en todas las creaciones intelectuales y artísticas de la Edad Media se observa una tendencia generalizada a trascender la realidad, principio que se debe tener siempre presente cuando se aborda el estudio de una obra realizada en aquella época.

## 6. EL COMENTARIO AL APOCALIPSIS: ¿UN LIBRO LITÚRGICO O ESPIRITUAL?

El propósito perseguido por Beato con su obra fue prioritariamente el adoctrinamiento y la formación del estamento eclesiástico. En el Prólogo-dedicatoria de la misma manifiesta con toda claridad su intención: “Todo esto te lo he dedicado a ti, santo padre Eterio, tras haber sido elaborado a petición tuya para el afianzamiento de los conocimientos de nuestros hermanos”<sup>28</sup>. Estas palabras están tomadas de la obra de san Isidoro titulada *Contra Iudaeos*. El Lebaniego tan sólo ha introducido dos modificaciones: el nombre del dedicatario y el sustantivo *fratrum*. Dados los hábitos compositivos de la época, este comportamiento, que hoy tildaríamos de plagio, indica una comunión con las inquietudes pedagógicas del prelado hispalense.

Las razones del ofrecimiento de la obra a su discípulo y compañero de lucha frente a los defensores del adopcionismo son evidentes. A nuestro juicio, resulta igualmente evidente quiénes eran los destinatarios del texto exegético, esto es, las personas consagradas a Dios<sup>29</sup>. Ahora bien, carecemos

<sup>27</sup> *La medida del mundo*, Madrid: Cátedra, 1994, p. 348.

<sup>28</sup> *Haec ergo, sancte pater Etheri, te petente, ob aedificationem studii fratrum, tibi dicaui*. La mención de Eterio no figura en todos los manuscritos conservados.

<sup>29</sup> Algunos especialistas sostienen que fue una obra compuesta para un público laico.

de pruebas decisivas que confirmen la función que desempeñó este género de libro en el seno de una vida comunitaria. A través de los ejemplares conservados se aprecia que siempre recibió un tratamiento codicológico privilegiado. Quizá supuso un referente como libro clave que subsumía las enseñanzas fundamentales para un religioso. Es decir, ocupó un papel similar al de los Evangeliarios en el ámbito cristiano extrapeninsular<sup>30</sup>.

De acuerdo con su contenido, se ha postulado una utilización como libro litúrgico en el período que va desde el domingo de Pascua hasta el de Pentecostés<sup>31</sup>. Este punto de vista ha sido sostenido por Otto-Karl Werckmeister<sup>32</sup>, quien subraya la sintonía de la temática de la obra con el espíritu de esa etapa litúrgica, en la que se anuncia el final de la historia y el advenimiento del reino de Dios. De hecho, en el canon 17 del IV concilio de Toledo (a. 633) se prescribía la lectura del texto apocalíptico en esa parte del ciclo bajo pena de excomunión para el que no cumpliera con el precepto. El texto no deja lugar a dudas:

*Apocalypsim librum multorum conciliorum auctoritas et synodica sanctorum praesulum Romanorum decreta Ioannis euangelistae esse praescribunt, et inter diuinos libros recipiendum constituerunt. Et quia plurimi sunt qui eius auctoritatem non recipiunt atque in ecclesiam Dei praedicare contemnunt, si quis eum deinceps aut non receperit aut a Pascha usque ad Pentecosten missarum tempore in ecclesia non praedicauerit, excommunicationis sententiam habebit.*

Este canon, además de ordenar taxativamente la lectura del *Apocalipsis* en un período concreto del año litúrgico, reivindica la autenticidad del texto como libro canónico. Tal afirmación es interesante porque evoca una etapa anterior en la que esta obra fue objeto de litigio en el seno de la Iglesia universal. En el pasaje citado quedan ecos de cierta renuencia. Literalmente se dice que “son muchos los que no aceptan su autoridad y se niegan a predicar su contenido ante la asamblea cristiana”. Al margen de esta cuestión, cabe suponer que la disposición conciliar favoreció la utilización del *Apocalipsis* dentro de la liturgia hispana, coyuntura que tal vez contribuyó a que el libro

<sup>30</sup> Como es sabido, este tipo de libro –como obra exenta– no tuvo arraigo en la Península Ibérica.

<sup>31</sup> Las perícopas litúrgicas no coinciden con las secciones establecidas por Beato.

<sup>32</sup> “The First Romanesque Beatus Manuscripts and the Liturgy of Death” en *Actas del Simposio para el estudio de los códices del ‘Comentario al Apocalipsis’ de Beato de Liébana*, Madrid: Joyas Bibliográficas, 1980, I\*\*, pp. 167-192.

fuese muy conocido y apreciado como obra de una espiritualidad escatológica especial. En este clima de aceptación generalizado quizá surgió la idea de componer un comentario del texto bíblico que compilase otros trabajos previos, tales como los de Victorino de Pettau<sup>33</sup>, Primasio, Ticonio y Apringio de Beja, entre otros. El producto resultante se vinculó posteriormente a la figura de Beato. El caso es que en ninguno de los códices medievales aparece el nombre del autor, y su atribución al Lebaniego proviene de una hipótesis de Ambrosio de Morales (s. XVI), quien se basa precisamente en la mención de Eterio, obispo de Osma (Soria).

Aparte de ese posible uso cabe suponer un empleo como libro de refectorio<sup>34</sup>. Sabemos que para este cometido se utilizaba a veces ejemplares de aparato transmisores de diversas obras. Pero, al margen de tales aproximaciones al contenido por la vía auditiva, creemos que también fue degustado de manera visual y frutiva a título individual. Las correcciones que figuran en los ejemplares y los *marginalia* testimonian el desarrollo de una actividad de estudio por parte de diversos lectores que han ido dejando su impronta. Ciertamente, en numerosos manuscritos de temas varios se encuentran anotaciones paratextuales. Abundan las glosas explicativas del significado de términos latinos, las variantes gramaticales, las indicaciones de las fuentes, las precisiones históricas y las apreciaciones críticas sobre algunos pasajes. Asimismo, se observan tímidos intentos de sistematización del flujo textual. Todas estas manifestaciones, nacidas al hilo de sucesivas lecturas, revelan el nivel cultural de los interesados y el uso del ejemplar. Este conjunto variopinto de signos y mensajes que pueblan los márgenes generosos de los códices altomedievales constituyen una vía de acceso para conocer la pervivencia de determinados textos y autores, y su modo de interpretación. Tales aspectos reflejan lo que podríamos llamar una ecdótica dinámica por oposición a la visión estática del escrito establecido. En realidad, cuando se observa un manuscrito de esta época se tiene la impresión de que cada página encierra una invitación a penetrar en un jardín interior. También son interesantes otras indicaciones, tendentes a orientar al lector, que igualmente figuran en muchos códices: se trata de pequeñas notas y llamadas de atención dirigidas al usuario para que obtenga el máximo provecho durante el proceso de descodificación de los signos y la posterior intelección del significado. A través de su acuñación se adivina la figura de un maestro –tal vez de no-

---

<sup>33</sup> A menudo sus palabras se atribuyen a san Jerónimo.

<sup>34</sup> Lo cual no excluye que también fuese objeto de lectura en otros actos comunitarios.

vicios- que se dirige a sus discípulos y les advierte de los meandros que encierra el texto. Las formas más frecuentes aparecen como monogramas o abreviaturas, otras, *in extenso*. Su tenor es como sigue: “Observa este pasaje”, “Fíjate atentamente” “Lee despacio”, “Percátate del sentido”, “No falta nada”, “Sigue leyendo y no te preocupes pues, aunque hay un blanco, no existe una pérdida de texto”, etc. Al lado de estas recomendaciones aparecen en otros ejemplares aclaraciones propias del copista, tales como: “hasta aquí escribí con esta pésima pluma”, “en este pasaje descansé” o bien: “oh torre de Tábara alta y pétrea, en cuyo primer repositorio permaneció encorvado Emeterio por espacio de tres meses”<sup>35</sup>. A veces se indica el cómputo del trabajo realizado utilizando como término de referencia fiestas litúrgicas. También se encuentran enrevesados juegos de letras y breves secuencias con notación musical. Tales advertencias se traducían a veces de manera icónica a modo de manecillas, perfiles grotescos y símbolos varios. Todas estas noticias evidencian que el tipo de lectura practicado era intensivo cuando se realizaba de manera individual. Pues bien, muestras de este tipo de actividad también se localizan examinando con atención los ejemplares transmisores de la obra de Beato. Hasta el momento presente no se ha hecho un estudio global de los *marginalia* con vistas a establecer la posición de un ejemplar en la tradición textual, sin embargo su estudio se revela imprescindible.

En definitiva, el *Comentario al Apocalipsis* fue una obra de uso múltiple en la etapa altomedieval. En un período concreto del año litúrgico, la utilización de fragmentos tomados del último libro bíblico en el curso de actos de culto pudo ser un incentivo para proceder a una lectura interpretativa de dichos textos, de oscuro sentido, a la luz del comentario elaborado por el Lebaniego. Probablemente fue uno de los manuscritos tomados en préstamo por los monjes con la finalidad de practicar la *lectio* obligatoria en determinados momentos de la jornada. Tal vez pudo también ser degustado auditivamente en el refectorio de acuerdo con la práctica habitual de alimentar el alma al tiempo que se nutría el cuerpo. En cualquier caso, fue un libro que produjo un gran impacto en cuantos tuvieron acceso a él.

---

<sup>35</sup> *O turre tabarense alta et lapidea, insuper prima teca ubi Emeterius tribusque mensis incuruioi sedit. Commentarius in Apocalypsin* procedente del monasterio de Tábara (Zamora). Madrid, *Archivo Histórico Nacional*, cód. 1097 B, f. 167v. Esta hoja ha sido añadida a este manuscrito.

## 7. COLOFÓN

El *Comentario* de Beato tiene un contenido temático muy amplio y rico. Por razones obvias de espacio, en la presente ocasión vamos a subrayar únicamente un aspecto complementario más que refleja su vinculación a los hechos de su tiempo, entre otros muchos que se podrían traer a colación. Se trata de un rasgo significativo, su preocupación milenarista. En el libro IV de su obra sobre el *Apocalipsis* diserta sobre un tema recurrente: las edades del mundo. De acuerdo con los cálculos establecidos en la tradición cristiana, el fin de los tiempos se produciría al cumplirse el sexto milenio. El autor escribe en el año en curso de 823 de la Era hispánica, que se corresponde al 785<sup>36</sup>. Como desde la creación de Adán y Eva habían transcurrido 5985, quiere decirse que faltaban 15 años para alcanzar la fatídica fecha. El cómputo por él descrito queda así expresado (Fig. 4):

823- 38 = 785 *annus praesens*

5985 años transcurridos desde la creación de Adán y Eva

6000 - 5985 = 15 años

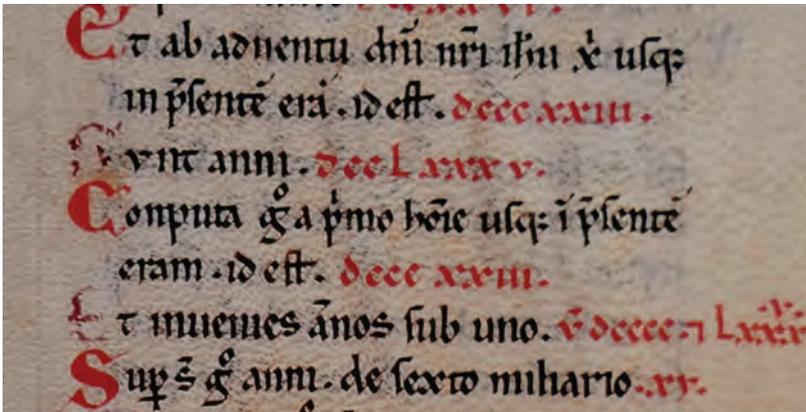


Fig. 4.-*Commentarius in Apocalypsin* (s. XII ex.). Navarra. París, Bibliothèque Nationale de France, ms. nouv. acq. lat. 1366, f. 76r.

<sup>36</sup> En algunos manuscritos aquí se lee: “784”.



Fig. 5.-*Commentarius in Apocalypsin* (s. XII ex.).  
Convento de San Andrés de Arroyo (Palencia). Paris,  
Bibliothèque Nationale, Nouv. acq. lat. 2290, f. 160r.



Fig. 6.-*Comentarius in Apocalypsin* (a. 968).  
Iluminadores: Magio y Emeterio.  
Madrid, Archivo Histórico Nacional, cód. 1097 B, f. 167r.  
Monasterio de San Salvador de Tábara (Zamora).

Ciertamente, Beato fue un milenarista convencido y esperaba el fin del mundo para el año 800 (Fig. 5). Elipando, su acérrimo enemigo ridiculiza la figura de su adversario y cuenta una anécdota en la que describe cómo no se cumplió la profecía de aquél sobre el fin del mundo. Los que aguardaban el cataclismo, al ver que el plazo transcurría en vano y que estaban hambrientos por el ayuno, exclamaron: “Comamos y bebamos, y si hemos de morir, al menos que lo hagamos hartos”<sup>37</sup>. Este hecho quizá no se produjo y fue una invención malévola del arzobispo toledano, en cualquier caso, sí existió en la Cristiandad un pánico ante la amenaza de la consumación del siglo.

En resumen, el *Comentario al Apocalipsis* es una obra de capital importancia por la riqueza de su programa iconográfico, pero también por su valor testimonial (Fig. 6). Es una piedra de toque que permite reconstruir el clima cultural y las inquietudes espirituales de los hombres que vivieron en la Península Ibérica en la segunda mitad del siglo VIII. En realidad, no sabemos si Beato fue su autor, aunque esta hipótesis resulta plausible, pero este detalle es lo de menos. Lo importante es que hubo un escritor erudito y sensible, que fue un fiel testigo de su época.

---

<sup>37</sup> ELIPANDO, *Epistulae episcoporum Hispaniae*, ed. Juan Gil Fernández, *Corpus scriptorum muzarabicorum*, Madrid: CSIC, 1973, vol. I, p. 92.

